

DOMINGO V DE PASCUA (C)
Homilía del P. Josep M. Cardona, monje de Montserrat
6 de mayo de 2007
Hechos 14, 21b-27 / Ap 21, 1- 5a/ Jn 13, 31-33a, 34-35

Queridos:

Jesús está en medio de nosotros porque nos hemos reunido en su nombre. Jesús está presente ahora y aquí, sobre todo si nos amamos. La Eucaristía que celebramos no es sólo el signo de nuestra comunión con Él, lo es también de nuestra comunión fraterna.

¿Os habéis fijado en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles? Era una crónica muy viva de la actividad misionera de Pablo y Bernabé por tierras de las actuales Siria, Chipre y Turquía, en el extremo nordeste del Mediterráneo. Iban a extender la buena nueva del Evangelio por tierras lejanas y formar pequeñas comunidades que estructuran y animan de una forma muy similar. Son comunidades jóvenes que los apóstoles fundan en medio de ambientes hostiles y por eso las siguen de cerca. Están en tierra de paganos o de gentiles. Y si lo recordáis, el narrador del libro de los Hechos ha usado una serie de verbos (de acciones) muy activos: confortaban a los nuevos creyentes; los exhortaban; ordenaban responsables de las comunidades; les encomendaban nuevas tareas y los reunían para anunciarles todo lo que Dios había hecho junto con ellos - Bernabé y Pablo- y les hacían saber que el Señor había abierto las puertas de la fe a los que no son judíos.

Realmente parece que todo eso nos lo digan a nosotros, cristianos del siglo XXI. Estaréis de acuerdo conmigo que nos encontramos en tierra de misión. Nuestro entorno es un mundo secularizado que no quiere oír hablar ni de Dios, ni de Jesús y, mucho menos de la Iglesia. También a nosotros hoy se nos pide perseverar en la fe de los apóstoles. La prueba que pasamos es necesaria, será purificadora. Tanto las dificultades como la indiferencia que encontramos a nuestro alrededor nos pueden hacer un gran bien si sabemos trabajarnos en profundidad: hace falta que repensemos la fe que recibimos de pequeños; tenemos que ser críticos con nuestra manera de vivir el Evangelio; tenemos que estimular nuestra fe dormida. Hace falta que seamos consecuentes con nuestro bautismo. Y, ahora, la pregunta: ¿Nos sentimos, de verdad, hijos de Dios?

Después de la 1ª lectura hemos cantado unos fragmentos del salmo 144 que decía *"El Señor es cariñoso con todas sus criaturas"*. ¿Hermanas y hermanos, ¿lo notamos este amor del Señor por cada uno de nosotros? ¿Respetamos todo aquello que ha puesto en nuestras manos? ¿Somos solidarios con quienes, sean del color que sean, lo pasan mal? Son preguntas que quedan abiertas y que cada uno de nosotros se tiene que hacer y responder delante de Dios.

El autor del libro del Apocalipsis, - palabra que procede del verbo: revelar = quitar el velo,- nos manifiesta una visión: entrevé *"un cielo nuevo y una tierra nueva donde Dios se encontrará con todos los hombres y las mujeres, con los niños y los viejos, con los jóvenes y los limpios de corazón y estará con ellos y nos enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá más muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Y Dios hará (hace) que todo sea nuevo"*. Jesús resucitado rehace toda la humanidad y renueva la creación. Los seres humanos, con Jesús por paladín, caminamos hacia el encuentro con Dios, hacia la plena y definitiva comunión de amor entre Él y nosotros: *"Ellos serán su pueblo y su Dios será Dios-que-está-con-ellos"*. No caminamos solos, sino que arrastramos con nosotros la creación entera como un séquito triunfal!!! El universo no es un espectáculo para contemplar, bien sentados, pasivamente, delante de una pantalla gigante de plasma de última generación. La creación es una obra a realizar cada día; el Señor nos hace cooperadores suyos, nos quiere activos. Tenemos que poner todas nuestras energías al servicio de la vocación espiritual de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Ahora, más que nunca, tenemos necesidad del Espíritu de Jesús que nos hace exclamar "Abbà", Padre!!!

Hoy, precisamente, es la Jornada Mundial por las Vocaciones. Tenemos que rezar para que en nuestras parroquias, pequeñas o grandes, de cerca o de lejos surjan chicos y chicas, mujeres y

hombres valientes y con espíritu de servicio, que escuchen la llamada del Espíritu y cojan el relevo al frente de estas comunidades. Y que, como lo hicieron Pablo y Bernabé, den testimonio de la fe en Jesús resucitado.

"Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él", hemos oído en el evangelio de Juan. Y todos nosotros, por la resurrección de Jesús, también seremos semejantes a Él. Ésta es nuestra fe que nos han transmitido los apóstoles. ¿Y de qué manera tenemos que llevar a cabo esta afirmación? Nos lo acaba de decir Jesús mismo en la despedida de la última cena y nos lo repite la Iglesia constantemente: Sólo somos cristianos auténticos si somos capaces de amar como Jesús nos ha amado. Si no amamos, estamos muertos. Hay que amar a Dios y a los hermanos. Si no amamos a los hermanos que tenemos al lado, que vemos, no podemos amar a Dios que no vemos. Hay que amar al hermano no de cualquier manera sino tal como Cristo nos ha amado. Por eso, para que seamos capaces de hacerlo, Él está entre nosotros y nos da la fuerza de su espíritu. Sólo de esta común-uniión con el Cristo viviente, con el Cristo resucitado, brotará, como de una fuente, la necesaria caridad. *"Donde hay caridad y amor, allí está Dios"*.

Hermanas y hermanos: el mundo necesita la prueba de nuestro amor. Que nos amemos los unos a los otros tal como el Señor nos ha amado hasta dar la vida por todos los hombres y mujeres del mundo. Sólo por el amor que nos tengamos los unos a los otros, la gente, el mundo, reconocerá que somos verdaderos hijos de Dios y discípulos de Jesús. He aquí el valor positivo de toda existencia humana: Somos colaboradores de Dios. Trabajamos a favor del Reino. Éste es nuestro compromiso. Amar sabiendo que Dios ama y porque nos ama con un amor infinito. Tenemos que ser signos del amor de Dios en medio del mundo. Considerarnos y ser, verdaderamente jornaleros del amor. Éste puede ser, hoy, el fruto de esta Eucaristía.